

RESURGIR DE LAS CENIZAS

En 2025 la revista *Argensola* alcanza los setenta y cinco años de vida. Cuando apareció su primer número, en 1950, seguramente nadie imaginó un recorrido tan dilatado, pues no solo ha superado con creces el cambio de siglo, sino que ha alcanzado una edad que en la vida humana suele asociarse de manera inevitable con la vejez.

A lo largo de esta prolongada trayectoria, *Argensola* ha atravesado momentos difíciles y ha superado crisis de las que ha salido reformada y fortalecida. Los cambios más significativos se introdujeron en el periodo en que fue director del IEA Agustín Ubieto (1985-1989). Tras poner fin a los retrasos de la edición, se alcanzó el centenar de números y la revista dejó de tener carácter misceláneo para orientarse hacia la publicación de estudios derivados de la investigación en ciencias sociales. Con el paso del tiempo también llegaron los homenajes. En 2000, con motivo de su cincuenta aniversario, volvió la vista atrás con la reedición facsimilar de su primer número y con un estudio en el que abordé de manera particular sus inicios. Hoy, veinticinco años más tarde, centro la atención en su etapa más reciente, durante la cual he ejercido como directora, y pongo el análisis bajo el lema lastanosino *Vetustate fulget*. Si Vincencio Juan de Lastanosa aspiraba a culminar sus días como el fénix, que reluce con mayor brillo en la vejez, quienes somos responsables de la publicación confiamos en que también *Argensola* haya ganado con el paso del tiempo en lustre, madurez y solvencia.

La “Sección temática” está concebida también como un homenaje, en este caso dedicado al monasterio altoaragonés más emblemático, San Juan de la Peña. Según dejó escrito fray Domingo La Ripa y recoge Ana Isabel Lapeña en su artículo, en la madrugada del 24 de febrero de 1675 un novicio insomne percibió una intensa humareda

que delató la existencia de un incendio en el monasterio. Gracias a la detección temprana no hubo que lamentar víctimas; sin embargo, al resultar imposible sofocarlo, el incendio se prolongó durante varios días y causó la ruina casi total del conjunto. La magnitud de la destrucción obligó a los monjes a tomar una decisión drástica: abandonar definitivamente el cenobio situado bajo la roca y establecerse en un entorno próximo, el llano de San Indalecio, donde levantarían un nuevo edificio.

Desde el Área de Arte del Instituto de Estudios Altoaragoneses, su directora, Natalia Juan García, recordó ese acontecimiento decisivo mediante la organización de un ciclo de conferencias dedicado a los últimos trescientos cincuenta años del monasterio de San Juan de la Peña. Las sesiones, celebradas entre el 25 de febrero y el 25 de marzo, corrieron a cargo de Natalia Juan García, investigadora dedicada al estudio del monasterio moderno; Ana Isabel Lapeña Paúl, especialista en el medieval; Ascensión Hernández Martínez, experta en restauración monumental; Juan José Generelo Lanaspá, estudioso de la fotografía histórica; y José María Lanzarote Guiral, especialista en Valentín Carderera y en la historización del patrimonio. *Argensola* se suma a esa conmemoración dando cabida en sus páginas a cuatro estudios —algunos de ellos derivados de estas conferencias—, que se reúnen en una “Sección temática” titulada “San Juan de la Peña, trescientos cincuenta años después del incendio que lo cambió todo”.

El apartado se inicia con un trabajo de mi autoría sobre la moldura románica conocida como *ajedrezado*. Tradicionalmente considerada un signo de la arquitectura románica de influencia jaquesa, aquí se sitúa en un punto intermedio entre el ornamento y la significación para plantear que, como sucede en la iglesia del monasterio medieval pinatense, funciona como un referente del cielo espiritual y de la Jerusalén celeste. No obstante, este paradigma del cielo en la tierra no alcanzaba plena aplicación en San Juan de la Peña, pues el modelo ideal entraba en tensión con las condiciones concretas del devenir cotidiano. Ana Isabel Lapeña Paúl señala la difícil situación del monasterio en la Baja Edad Media, marcada por el absentismo del abad y la falta de apoyo de la monarquía aragonesa, circunstancias que impidieron poner remedio inmediato a los destrozos causados en el inmueble por otro incendio devastador ocurrido en 1494. Tuvieron que pasar ochenta años para que finalmente en 1573 y 1576 se encargaran los trabajos de reconstrucción al obrero de villa Pedro Peralta, maestro mayor de la Seo. Lapeña centra su estudio en el plano de obras levantado por este albañil,

que permite reproducir parcialmente la disposición original del monasterio y deducir la configuración que tendrían sus estancias durante la Edad Media, antes de los daños sufridos a finales del siglo xv.

Las nuevas instalaciones monásticas, levantadas en el llano de San Indalecio, se organizaron en torno al eje físico y espiritual del conjunto: la iglesia. No sorprende, por tanto, que con motivo de su bendición, que tuvo lugar en 1705, se completaran total o parcialmente dos de sus piezas más importantes, por desgracia desaparecidas tras el ataque de las tropas francesas en 1809: el órgano principal y el gran baldaquino. El órgano que presidía el coro, ubicado en el presbiterio, fue realizado entre 1700 y 1705 por el franciscano Domingo Aguirre, también responsable de los órganos de las catedrales de Palencia y Plasencia, todos ellos dotados de vistosos flautados de notable sonoridad, como estudian Roberto Anadón Mamés, Natalia Juan García y Ana Isabel Serrano Osanz. En el mismo presbiterio se alzaba como punto focal un espléndido baldaquino cuya configuración ha sido analizada y reconstruida visualmente por Natalia Juan García a partir de documentación escrita. Para la inauguración del templo se trasladó el Santísimo Sacramento al baldaquino, aún no completamente terminado, pues su construcción, a cargo del escultor Pedro Onofre, se desarrolló entre 1703 y 1709. En el último tercio del siglo xvii y la primera mitad del xviii en Aragón el retablo mayor fue sustituido por el baldaquino exento, que, en el caso del monasterio pinatense, como explica la autora, no solo custodiaba el sagrario, sino también varias urnas con reliquias de santos que sobrevivieron al incendio de 1675, de efectos devastadores en la iglesia y en la sacristía.

La “Sección abierta” contiene tres artículos. En el primero, Juan Ignacio Bernués Sanz narra la historia de un fragmento mural de la ermita de San Fructuoso de Bierge, del siglo xiii, que fue desprendido del muro en 1949 por los hermanos Josep y Ramon Gudiol Ricart y hoy se conserva en el Museu de Montserrat. Tras identificar su procedencia, lo restituye a su lugar original dentro de la iglesia y concluye que la pieza, catalogada en el museo como “Entrenamiento de un hospitalario con su escudero”, es en realidad una composición formada por las dos mitades de una pintura ubicada inicialmente en el derrame interior de la ventana absidual. En ella dos guerreros tienen la misión de proteger la *luz*, entendida como manifestación simbólica de la presencia divina. A continuación, Carlos Escanilla Quirós analiza el impacto de la Guerra Civil en Alcubierre, localidad próxima a la línea del frente. Subraya que hoy cientos de visitantes tienen acceso a las trincheras donde se recrea la vida de los

soldados sin que se reconozca la experiencia padecida por la población local. El autor propone que el turismo se acerque a las consecuencias del conflicto mediante la revalorización de edificaciones civiles y religiosas que tuvieron usos alternativos durante la contienda: grandes casas saqueadas y colectivizadas por las milicias que sirvieron como cuartel general, cooperativa de abastecimiento, cocina colectiva o sede del Partido Obrero de Unificación Marxista; el ayuntamiento, que fue convertido en puesto de alerta de la aviación; la plaza, que se utilizó como lugar de instrucción de tropas y de fusilamientos; y los refugios antiaéreos que se construyeron entonces y todavía se conservan. Finalmente, Javier Martínez Molina estudia las vicisitudes surgidas en torno a un encargo realizado por la villa de Murillo de Gállego para la construcción de un tabernáculo destinado a sustituir el antiguo retablo mayor de la iglesia de San Salvador, según lo solicitado por el obispo de Jaca fray José Antonio López Gil en su visita pastoral de 1787. El desarrollo de los acontecimientos enfrentó a dos instituciones que, pese a los intentos de acercar posturas, parecían condenadas al desacuerdo: el Ayuntamiento de Murillo deseaba que la obra fuera realizada por un profesional de su confianza, el dorador Joaquín Artigas, mientras que el Ministerio competente defendía que el diseño y la ejecución estuvieran a cargo del arquitecto académico ilustrado Agustín Sanz. Involucrada también la Real Academia de San Fernando, la propuesta trazada por Sanz en 1791 quedó finalmente en suspenso. Como ocurrió con muchos otros proyectos neoclásicos, el centralismo y su manera de imponer la estética académica limitaron la capacidad de las Administraciones locales para gestionar obras dentro de su competencia, incluso cuando estas se impulsaban y se costeaban con recursos propios.

En el pequeño mundo del hombre se repiten a menudo los conflictos y los giros que caracterizan la historia en general. La vida de un individuo puede transcurrir con paso sereno y firme o con incertidumbre y desasosiego hasta llegar a su final, siempre ineludible, aunque la vida con mayúsculas nunca se interrumpe. Bien sabía esto Vinencio Juan de Lastanosa, quien durante años confió en que las futuras generaciones darían esplendor a su casa. Sin embargo, las circunstancias lo llevaron a replantearse sus aspiraciones. Así, se liberó de la carga del linaje y solo aspiró a trascender individualmente mediante el estudio y el conocimiento; por ello adaptó el lema *Vetustate fulget* a su propósito particular. Séneca ya advertía que el ocio sin cultura es muerte, y Cicerón recordaba que los estudios convienen a todas las edades: nutren la juventud y reconfortan la vejez.

El lector tiene en sus manos un nuevo número de *Argensola*, semejante y a la vez distinto a los anteriores. Inspirados por la tradición intelectual que ensalza el conocimiento como alimento del alma humana, deseamos que la revista y sus páginas continúen acompañando, enriqueciendo y dando sentido a la vida cultural del Alto Aragón.

M.^a Celia Fontana Calvo
Directora de la revista *Argensola*